

ENTRE INFORMES Y CARTAS: TESTIMONIO Y CUERPO EN DOS NOVELAS DE MARÍA TERESA ANDRUETTO

Martín Lombardo
Université Savoie Mont Blanc

Introducción

En la vasta obra de la escritora María Teresa Andruetto, solemos encontrar una capacidad narrativa que hace posible establecer relaciones sutiles y certeras entre el universo íntimo de los afectos y el contexto político, entre los relatos y los acontecimientos que éstos abordan. Se observa, en varios de sus textos, la manera en que el terreno político, en ocasiones, irrumpe y se inmiscuye en el ámbito privado produciendo nuevas configuraciones afectivas. Las historias que sostienen la trama ficcional dan cuenta, por un lado, de las relaciones entre lo político y lo íntimo; por el otro, resignifican el marco de representación de lo político, ya que sus efectos en lo privado se extienden en el tiempo y en el espacio que, en un principio, suele asignársele.

En esa redefinición, juegan un papel fundamental las formas y los géneros a los que apela María Teresa Andruetto para construir sus textos. En la novela *Una mujer en cuestión*, por ejemplo, hace uso del archivo y el informe para relatar la historia de vida de Eva Mondino. En el caso de *Lengua madre*, además de la presencia de una serie de fotos, la memoria se construye a través de las cartas entre hija, madre y abuela. Las cartas se caracterizan por una firma de la que carece todo informe; así mismo, la pretensión de objetividad del informe se opone a la pura subjetividad del género epistolar.

En ambas novelas observamos con particular interés no sólo a las intrigas y misterios que giran en torno a los personajes, sino también cómo la forma misma en que se relata, el lugar del sujeto de la enunciación, determina y marca lo que se dice, el sujeto del enunciado.

Informe: el mandato y el afuera

Del narrador de la novela *La mujer en cuestión* apenas si sabemos algo: se trata de un hombre que tiene la misión de redactar un informe sobre Eva Mondino Freiberg. El informe ha sido pedido por el mandante, de quien tampoco sabemos nada. Se deja entrever que la persona que paga al narrador para realizar ese documento vive en el exterior, ya que la historia argentina parecería que no lo es familiar: “para poner una circunstancia temporal, la del debilitamiento y caída del gobierno militar, pues no sabe este informante si esos hechos, fechas y otros detalles, son, tantos años más tarde, de conocimiento del mandante, ni si esa información circula en su país, tal como aquí es de público conocimiento” (48). Lo único que podemos saber del narrador es su imposibilidad para establecer certezas sobre varios puntos de la vida de Eva Mondino.

Más que despejar las incógnitas y las hipótesis en torno a ciertos episodios de la vida de la mujer –la supuesta maternidad, su vínculo con los militares, el destino de su primer marido, las configuraciones afectivas en las que se encuentra inscripta en el presente–, el informe, en su intento por respetar la objetividad que debe caracterizar a ese tipo de documentos, despliega las diferentes hipótesis y agrega así misterio y enigma a la vida de Eva Mondino.

El periodo central de la vida de Eva Mondino tiene lugar en los años setenta. Su militancia política, compartida con su primer marido, Aldo Banegas, la lleva a estar secuestrada-desaparecida en la época de la última dictadura militar. A diferencia de su primer marido, quien desaparece mientras realiza el servicio militar en la marina, Eva Mondino sobrevive al campo de concentración. Al momento en que el narrador lleva a cabo la investigación para redactar el informe, la mujer en cuestión sigue viva, incluso, alguna vez, se entrevista con el informante.

Para describir a Eva, el informante utiliza dos calificativos: por un lado, “impenetrable”, por el otro, “enigmática”. Son varios los misterios y los enigmas en la vida de Eva Mondino que el informante no logra zanjar, a pesar de que parecieran ser parte del objetivo primordial de su trabajo. En primer lugar, la pregunta sobre la maternidad de Eva Mondino. Algunos ponen en cuestión que ella haya tenido un hijo durante el periodo de encierro; quienes aceptan esta hipótesis –que será, hacia el final de la novela, refrendada por el narrador–, se preguntan, sin embargo, cuál ha sido el destino de ese hijo. Vinculada a la pregunta por el destino del hijo, surge la cuestión de lo ocurrido durante el cautiverio. Más que dilucidar las razones que hacen de Eva Mondino una secuestrada política, más que denunciar la violencia política sufrida por la mujer, el informe se interesa por las causas que permiten a Eva Mondino sobrevivir al campo de concentración.

Se insinúa que la mujer en cuestión hubo colaborado con sus captores. Se sugiere que se acostó con un militar torturador con el objetivo de saber algo sobre el destino de su primer marido, Aldo, quien sería un desaparecido.

Ahora bien, esas sospechas en torno a la mujer, los misterios y enigmas que surgen cuando se intenta realizar el resumen de su vida, se refuerzan, de manera implícita, por la estructura misma de la narración, por el género en el que se inscribe y por la manera de representar una vida. Por un lado, no se sabe quiénes son el mandante y el informante, ni tampoco se conocen las razones por las que desean realizar el informe sobre la vida de la mujer. Por otro lado, en la novela no se explica el motivo que lleva a Eva Mondino a “estar en cuestión”. La calidad misma del informe, así como el título de la novela, sitúa al personaje en un lugar de “sospechoso”.

Si se acepta la idea de que existen en la novela dos tipos de misterios, uno explícito y que concierne al objetivo del informante, y otro implícito, que apunta a las razones por las que se realiza el informe, ambos misterios apuntan a las dificultades para representar ciertos hechos. Lo irrepresentable propio del trauma: el trauma de la muerte y las desapariciones, el trauma del secuestro y el cautiverio, el trauma de quien sobrevive al cautiverio en un campo de concentración. Asimismo, hay otro vacío: el vacío del discurso oficial dictatorial, que no asume ni documenta sus crímenes. Cabe notar que el informante no consigue documentos que certifiquen el nacimiento del hijo de Eva porque el edificio del registro civil se ha incendiado. Frente a lo irrepresentable propio de lo traumático, así como frente al vacío oficial sobre lo ocurrido –los militares argentinos siempre negaron, junto a los crímenes, la existencia de documentos sobre el plan represivo–, surgen en la novela los relatos marcados por la melancolía y la paranoia. De hecho, Eva, cuando se refiere a lo sucedido, lo compara como un discurso delirante: “A veces me parece que son alucinaciones, pero a la vez estoy segura de que fue así, de que eso pasó” (94). También los rumores y la sospecha marcan el relato de varios testigos, quienes, al referirse a los crímenes de la dictadura, optan por las sugerencias y los sobreentendidos en lugar de las aseveraciones firmes: “figúrese la época, estamos hablando del 75, 76, ¿sabe lo que eran esos años?” (15), “lo que usted ya sabe”, “época psicotizante” (16). Se crea una representación de la violencia política de la dictadura marcada por lo que algunos denominan un realismo intranquilo, “que abre inquietantes preguntas sobre la dimensión ética y subjetiva de la búsqueda de la verdad” (Arán 134).

El carácter inasible del objeto del informe se acentúa con la multiplicación de las voces que lo conforman. Si la pretensión de exhaustividad implica la variedad de voces que abordan diferentes aspectos de la vida de Eva Mondino,

esa multiplicidad borra cualquier posibilidad de consolidar una versión única: “Quien esto escribe, carece, como es de comprender, de una imagen completa y veraz de todo lo concerniente a la vida material y espiritual de Eva, pese a que no ha ahorrado esfuerzos para conseguir con respecto a ella la mayor información” (Andruetto 33). Quien realiza el informe alcanza a decir, en uno de los escasos fragmentos en donde se filtra una apreciación personal: “Tantas Evas como testigos” (34). Si los varios misterios en torno a los aspectos fundamentales de la vida se vinculan con la distancia irreductible que existe en cualquier relato, por su parte, las diferentes versiones también responden, en un plano más explícitamente político, al discurso de la dictadura de la época, quienes imponen, desde el golpe de Estado, una versión única de lo nacional, encarnada en la figura del “ser nacional”, a la que oponen, maniquea y sistemáticamente, la figura del “subversivo”.

Tanto desde el plano más personal como desde el terreno más político, es la figura del testigo la que articula y permite la elaboración del informe. Las voces de los testigos no sólo ahondan en las diferentes aristas que conforman la personalidad de Eva Mondino, sino que también sostienen el carácter político que cobra el relato: el lugar de testigo sugiere un juicio de la mujer en cuestión, y basta con la construcción de un discurso normativo y con rasgos judiciales para otorgarle al relato de vida un tinte de sospecha.

No todos los testigos ocupan el mismo lugar. Algunos se sitúan alejados de la escena de los hechos y, a partir de esa distancia, en el relato deslindan responsabilidad y alimentan la sospecha sobre los otros, en particular, sobre la mujer en cuestión. Otros han sido protagonistas de algunos episodios y han sobrevivido a ellos. Eva misma se sitúa en esa última categoría. Ella testifica y ocupa diferentes lugares, dependiendo de qué tema trate en su relato: es testigo de lo ocurrido con Aldo, su primer marido; es testigo de lo que sucede con su hijo, si se acepta la hipótesis de que lo ha tenido; es un testigo que sobrevive a los campos de concentración y al cautiverio; es el objeto de sospecha en los relatos de los demás.

Con respecto a los testigos, es importante señalar lo planteado por Giorgio Agamben, quien distingue *terstis*, es decir, el testigo como tercero en la escena, de *superstes*, en donde la figura de testigo “hace referencia al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él” (15). Al ocupar varias de esas funciones, se produce la fragmentación de Eva Mondino, y esa dificultad para ensamblar las piezas del rompecabezas hace de ella una figura cuestionada y sospechosa, como si el hecho de haber sobrevivido al campo de concentración le diera un halo de culpa y traición.

El gesto de poner en tela de juicio la vida de Eva se observa también en su vínculo con la maternidad: en los relatos sobre la dictadura se suele abordar los niños nacidos en cautiverios y apropiados por familias cercanas al régimen. En esas historias, la madre es desaparecida una vez que pare al hijo. En la novela de Andruetto, los hechos están alterados: más allá de las conjeturas, Eva Mondino sobrevive al campo de concentración y, al parecer, su hijo o ha sido apropiado o ha muerto. Las características del informe y su efecto normativo hacen que la mujer se vuelva cómplice o sospechosa de un acontecimiento del que ha sido víctima. Como si se cuestionara la condición de madre de quien fue víctima de un crimen de lesa humanidad.

El hecho de nombrar al texto como un informe, la importancia de los testigos a la hora de elaborarlo y la configuración de una sospecha irresoluble como base para el relato de una vida vinculan a la novela con el archivo. El hecho de que el narrador designe a quien pidió la realización del informe como el mandante, permite establecer ese vínculo entre el informe y el archivo. Al respecto, Jacques Derrida recuerda que en la palabra “archivo” (*Arkhé*) subyacen dos principios: el principio de las cosas y el de la ley, “allí donde *los hombres y los dioses mandan, allí donde se ejerce la autoridad, el orden social, en ese lugar desde el cual el orden es dado*” (9). El informe pretende dar un orden, a la vez que, en tanto vinculado con el mandato y la ley, juzga de manera más o menos voluntaria. Ese orden y ese juicio se sostienen en la sospecha y hacen de la realidad algo inquietante. Al “estar en cuestión”, sumado a que nunca se explicita de qué se le cuestiona, la mujer queda por fuera, excluida de la comunidad. De hecho, se dice en el informe que Eva “ya no comprende el mundo en que vive o tal vez . . . no lo comprendió jamás” (Andruetto 38). Si, como asegura Derrida, el archivo, al vincularse con la residencia, interroga sobre dónde comienza el afuera, entonces, Eva Mondino queda por fuera de la comunidad, como si el informante, el mandante y los diferentes testigos conformaran cierta unidad gracias a la expulsión y el rechazo, al cuestionamiento de esa mujer. Así se observa cuando, al salir del campo de concentración, ella empieza a ser designada como “puta”, “comunista”, “traidora” o “botona”.

Contrariamente a lo enunciado por el narrador, no se trata de que el informe busque, a través de la multiplicidad de relatos, una construcción unívoca y objetiva de una vida, sino que el carácter mismo de informe es el que implica un cuestionamiento y una sospecha, la que produce una determinada versión de los hechos: “la estructura técnica del archivo archivante determina asimismo la estructura del contenido archivable en su surgir mismo y en su relación con el provenir. La archivación produce, tanto como registra, el acontecimiento. Ésta

es también nuestra experiencia política de los medios llamados de información” (Derrida 24). Desde esta perspectiva, el archivo y el informe no son temas propios del pasado, que lidian con los hechos pretéritos hasta conseguir una versión cerrada y unívoca, sino, más bien, son la manera desde el presente, desde el comienzo al que alude el archivo, en que se concibe un porvenir. Al mismo tiempo, se plantea la paradoja de un informe que pretende objetividad cuando, en realidad, al documentar produce determinada situación, otorgándoles a los sujetos posiciones fijas.

El trabajo de Andruetto en su novela puede vincularse con los planteos de Roberto Esposito en torno al dispositivo de la persona. El filósofo italiano se refiere al dispositivo de la persona en donde aquello que personaliza a cada uno es, a la vez, impersonal. Siguiendo esta lógica, más que adentrarse y buscar revelar lo personal, se debería cortar ese funcionamiento. En su novela, Andruetto representa ese cortocircuito a través de la distancia que existe entre Eva y quienes se refieren a ella. Incluso, se observa cierta distancia en el relato de la propia protagonista.

Roberto Esposito señala que la gran literatura contemporánea “se halla orientada en forma radical hacia el afuera, produce un desplazamiento de la persona en el ámbito no lingüístico de lo impersonal” (195). De manera sutil y sin proponer un cierre, la novela interroga el afuera en el que se sostiene el informe y que produce el cuestionamiento y la sospecha, pero también representa el afuera de Eva Mondino, a partir de las declaraciones de los diferentes testigos. Ese afuera, ese ámbito de lo impersonal, puede resumirse cuando el narrador refiere los siguientes testimonios sobre la libertad condicional vivida por Eva Mondino luego del cautiverio:

según esos mismos testigos, ella que “había hecho algunos cursos de teatro” (Orlando Mondino, Lila Torres), sacó de los mismos “todo el provecho que pudo” (Lila), “edificó sobre sí un personaje que dijo no saber lo que sabía, olvidó lo que había que olvidar, e inventó con inteligencia y sentido de la oportunidad, nombres y lugares” (Orlando Mondino). (Andruetto 104)

La novela excede la representación de la vida de alguien que ha sufrido la opresión y los crímenes dictatoriales. Se alude no sólo al afuera del personaje, sino que, a través de ese dispositivo, implica a lo social en la elaboración del relato. Si la novela quiebra la frontera entre el interior y el exterior se debe a que, como señala Roberto Esposito, “estar dentro del mundo significa, para el sujeto, ser de algún modo externo a sí mismo, ser parte de algo que a la vez lo incluye y lo trasciende. Este algo no es otra cosa que la vida, no sólo del individuo, sino del gran organismo colectivo que lo comprende, excediéndolo, en la totalidad

del género humano” (51). No se debe a que los avatares propios de una vida den cuenta de una configuración colectiva determinada, sino a que la estructura con la que se construye este relato hace inasible la vida de Eva Mondino, a la vez que representa la sociedad en la que esa vida se inscribe.

Al cuestionar el afuera desde el que se construye el relato sobre la violencia de la dictadura, la novela de Andruetto no cierra el pasado de la dictadura, sino que se adentra en las formas que puede cobrar sobre el presente y el futuro, sobre la manera en que ese discurso sobre la época dictatorial opera todavía en el presente sobre los cuerpos. El discurso que instaura y produce el informe apunta, a través de la sospecha, a lo que Andrea Cavalletti denominaría como una “mitología de la seguridad”: a través del cuestionamiento de un sujeto, se construye un afuera y, desde ese afuera, siempre sospechado y sospechoso, se configura el espacio de lo peligroso, contra el que habría que protegerse.

Asimismo, la novela se interesa por la representación espacial de la violencia criminal ejercida durante la última dictadura militar argentina. En esa representación espacial se evidencia la frontera porosa que existe entre lo público y lo privado. A partir del orden del discurso, el texto literario da cuenta de la situación del sujeto en un grupo; a la vez, se alude a una configuración territorial, al lugar que ocupa en ese espacio comunitario.

Con respecto al territorio y a las situaciones subjetivas producidas por el informe, podemos señalar lo trabajado en el ámbito biopolítico por Andrea Cavalletti: “La palabra urbanización designa así el doble movimiento que, podría decirse, expande el *oikos* en la *pólis* y constriñe a la *pólis* en el *oikos*; cumple la tendencia a socializar en la medida en que expresa la población según esa precisa relación de coimplicación espacial” (41). El carácter espacial que cobra la representación de la violencia criminal de la última dictadura, así como la singular temporalidad, que no aparece cerrada y acabada, sino, más bien, con consecuencias en el presente y en el futuro, son trabajados en otra de las novelas de la autora, *Lengua madre*, en donde el registro de archivo y de informe da paso a la construcción de una novela a través de una serie de cartas que establecen lazos entre tres generaciones de mujeres y la sociedad en la que se insertan.

Las cartas: el tiempo de los afectos

En *Lengua madre*, Julieta vuelve al pueblo del sur en el que vivió la madre, Julia, quien acaba de morir. Durante la estadía, Julieta se dedica a leer las cartas que la madre le dejó. El deseo de Julia, así lo expresa en los últimos llamados a su

hija, había sido que leyeran juntas esos textos. En su mayoría, son las cartas que la abuela de Julieta le escribe a su hija Julia. En la caja, hay otras: del padre de Julieta, que vive exiliado en Suecia desde finales de los años setenta, de compañeros de militancia de Julia. La lectura de las cartas implica revisar el vínculo entre las tres generaciones de mujeres, abuela, hija y nieta, y, para Julieta, supone reconsiderar su propia historia.

La identidad se construye a través de diferentes voces, a través de los vínculos con los demás y de los relatos que se hagan de los hechos. En varias oportunidades, en la narración se les atribuye a las cartas un exceso o un defecto de su carácter de archivo: “Su madre recibió durante años las palabras de los otros y aún en su desorden –en el desorden de su vida, cuestionado por todos– construyó un archivo. Y es por eso que ella puede ahora repasar la tragedia” (*Lengua madre* 73). Sin ser un archivo, las cartas de Julia funcionan o pretenden funcionar como tal, y tienen efectos en quien las lee: Julieta. A su vez, si Julieta, a partir de esos textos, considera que la historia cobra un rasgo trágico, se debe a que la historia parece predeterminada; se rompe con la creencia de que es el individuo quien construye su historia sino que es el destino quien decide en su lugar. Se produce una apropiación de la propia historia, a la vez que una expulsión de lo propio.

Lengua madre describe la estadía de Julieta en el sur, los días que ocupa en hurgar en los documentos y cartas de la madre, las charlas que entabla con quienes acompañaron a Julia en los últimos tiempos y en las lecturas. La serie de cartas dejadas por Julia abre una serie de interrogantes. Por un lado, surge el interrogante sobre a quién pertenecen esos textos, si al autor o al destinatario o, en el caso de la novela, a Julieta, lectora tardía de textos en los que se habla de su crianza y de su vida. Por otro lado, las cartas despliegan una temporalidad singular, que excede el tiempo de su redacción y su primera lectura: con la lectura de esas cartas se produce un cambio en Julieta y en la manera en que ella concibe su propia historia y sus vínculos afectivos. La lectura de relatos ajenos sobre la historia propia configura la identidad. Asimismo, la novela da cuenta de la imposibilidad de construir una versión acabada de una vida: “Vectores que van hacia su madre, pero de su madre, nada” (176). Las cartas dirigidas a Julia resignifican la historia para Julieta, pero no cubren el misterio de su madre; por el contrario, queda un punto irrepresentable e irreductible: “La cronológico, lo tipográfico, los sencillos datos biográficos dan estructura a una vida y sin embargo las vidas, la suya (la vida de cualquiera) no alcanza jamás a definirse por ninguna circunstancia, siempre se le escapa” (179).

La lectura fragmenta el relato familiar, reconfigura y cuestiona los vínculos afectivos. Queda interpelada la versión construida por Julieta acerca de su

crianza: de pequeña, la madre la había dejado con los abuelos, en un pueblo de provincia, mientras Julia se mantenía escondida en un pueblo del sur. Si de niña a Julieta le cuesta aceptar y entender la ausencia de la madre, más grande vive esa distancia como una suerte de rechazo y abandono. Sin embargo, las cartas muestran a la abuela queriendo quedarse con la nieta y convenciendo a Julia para que se mantenga escondida.

El uso que se realiza en la novela de las cartas puede equipararse con la interpretación propuesta por María Moreno en su libro dedicado a la figura de Vicki Walsh. En *Oración*, María Moreno propone que la escritura de las cartas, tan importante dentro de la obra de Rodolfo Walsh, debe inscribirse en un contexto militar en donde la dictadura publicaba en los diarios cartas sosteniendo y justificando su accionar criminal. Para María Moreno, las cartas de Walsh deben leerse como “contracartas”, es decir, como la contracara del discurso oficial. En *Lengua madre*, las cartas resignifican la versión oficial familiar. Esas versiones afectan el presente y exceden, entonces, la época militar. Los afectos y las configuraciones familiares, el mundo de lo íntimo, se ven alterados por lo político, y esa alteración no varía con la llegada de la democracia. “Una hija que hace nacer a la madre de entre unos papeles, unas cartas” (12) en ese ejercicio de lectura que, en cierto sentido, da nacimiento a la figura de la madre, se invierten los roles habituales, ya que aquí es de la hija de quien surge la figura materna, y ese surgimiento tiene lugar con Julia ya muerta. Hay entonces un nacimiento posterior a la muerte, quebrándose así el orden lineal.

Si en *La mujer en cuestión*, el informe parte de una supuesta objetividad para terminar produciendo subjetividades, por su parte, las cartas de *Lengua madre*, en principio, no tienen pretensión alguna de objetividad; son, en teoría, historias y confesiones realizadas desde el terreno de lo privado. Sin embargo, ese abanico de cartas y de voces no sólo reconfigura subjetividades, sino que da cuenta de los efectos de lo político en el terreno privado; las historias contadas en las cartas sitúan a los sujetos en determinadas posiciones, habilitándoles o prohibiéndoles ciertos movimientos y actos. En ese sentido, se reivindica el lugar de lo ficcional y la importancia del relato al momento de abordar los acontecimientos políticos. De esa manera, puede entenderse la importancia de la figura de Doris Lessing para Julieta, ya que sobre ella escribe su tesis.

La literatura no es reflejo de la realidad ni tampoco una de sus formas de representación, sino que la metáfora y el relato son elementos intrínsecos a la construcción de la realidad, son las vías de acceso: “Ahora no puede precisar si ese relato –el de una huida, la búsqueda de un escondite, la solidaridad de una familia– corresponde a un episodio vivido por su madre o por una amiga suya o se trata de un

recuerdo literario, de algo que su madre ha leído y le contó” (*Lengua madre* 157). La ficción y los relatos vienen a ocupar el lugar vacío de representación, aquello traumático para lo que faltan las palabras: ¿qué lugar ocupa un desaparecido que sobrevive?, ¿de qué manera se puede ser madre desde el encierro y el cautiverio?, ¿de qué forma establecer un vínculo con la hija y contar una historia de violencia y miedo? A su vez, los relatos dan materialidad a la historia; para Julieta resignifican el cuerpo ausente de Julia: “las cartas que ahora lee son la madre” (228). Así como en *La mujer en cuestión* el informe produce un cambio en la realidad, en *Lengua madre* las cartas producen un cambio material. La ficción tiene un efecto material. De hecho, sobre la lectura de las cartas, Julieta dice “Como si se tratara de una ficción o de un trabajo de investigación plagado de pequeños descubrimientos. Un modo paciente y arduo de conocer, un modo de tener a su madre en la mente, de tener la mente misma en ella, para finalmente dejarla ir” (279).

La novela muestra, no sólo las formas en que lo político configura lo íntimo, sino también los efectos de la violencia dictatorial, que se traducen en un poder que excede los años militares. Los efectos de la violencia en Julia y en su familia marcan su vida, su posición como madre y sus afectos familiares, incluso más allá de la caída del régimen. Se complejiza la representación temporal y espacial de la violencia dictatorial. Así como las cartas del pasado actúan en el presente de la narración, la violencia dictatorial, de algún modo, deja varada en ese tiempo y en esa posición a Julia, incluso ya en tiempos de democracia. La imagen de Julia encerrada y escondida en el sótano de la casa de la familia Guerrero desde antes del golpe militar, incluso quedándose en ese lugar y en ese pueblo durante toda su vida, sin lograr volver a recuperar a la hija ni a instalarse en otro lugar, da cuenta de la mitología de la seguridad a la que alude Andrea Cavalletti y que surge de la determinación de la *pólis* sobre el *oikos* y del *oikos* sobre la *pólis*.

En ese vínculo entre lo político y lo íntimo, marcado por la violencia, el poder y el temor, la interrogación sobre lo materno aparece como un elemento fundamental. Tanto en *Lengua madre* como en *La mujer en cuestión*, se aborda y analiza la posición materna. Si del personaje de Eva Mondino surge la pregunta sobre la figura de la madre en función de la presencia o ausencia del hijo, en el caso de Julia, la pregunta proviene de la hija y apunta a la presencia o ausencia de la madre. Se abordan casos de hijos que se ven privados de una madre que ejerza o pueda ejercer esa función debido al lugar que se le atribuye en lo colectivo. El personaje de Julia queda excluido de lo colectivo, como si fuera una figura peligrosa o abyecta, y sólo desde ese lugar, a escondidas y a la distancia, vive su maternidad.

En los vínculos entre las mujeres, así como entre ellas y la sociedad en la que se insertan, se teje lo irrepresentable, lo que Roberto Esposito denomina lo impolítico. Ubicado entre la despolitización moderna y la teología política, lo impolítico apunta a lo imposible de lo político; es lo impensado, el silencio del poder. En esa zona se sitúa el texto de Andruetto: desde lo afectivo, lo que en apariencia queda por fuera de lo político, se interpela y cuestiona los límites de la violencia y del poder. Los personajes de Andruetto revelan las paradojas de la comunidad. Al respecto, afirma Roberto Esposito:

Si nos atenemos a su significado originario, la comunidad no es aquello que protege al sujeto clausurándolo en los confines de una pertenencia colectiva, sino más bien aquello que lo proyecta hacia fuera de sí mismo, de forma que lo expone al contacto, e incluso al contagio, con el otro. En este último pasaje es evidente el desplazamiento que se registra hacia la perspectiva de lo impolítico. El vacío, en este caso, el “afuera”, no se sitúa en los confines externos de lo político, no es un simple negativo de un positivo, sino más bien el ser mismo de la comunidad expuesto al propio cambio. (*Comunidad, inmunidad y biopolítica* 16)

Así como en la primera de las novelas, los informes producían un afuera, encarnado en la figura de Eva Mondino, en *Lengua madre* la construcción del afuera pareciera caracterizarse por el lugar en el que se esconde Julia. Esa exclusión sufrida por Julia es la que sostiene el tejido de relaciones entre los personajes, lo que configura lo colectivo y familiar. Con la lectura de las cartas, Julieta observa la manera en que ella misma ha estado determinada por ese lugar colectivo, fundado en ese afuera materno: “todas estas emociones por las que va pasando están relacionadas con la lectura de las cartas, que deberá en algún momento separarse de ellas para poder razonar libremente para lograr cierta distancia” (173).

Se notan en la novela los dos movimientos señalados por Roberto Esposito como fundadores de lo colectivo. Por un lado, lo que se denomina *communitas* implica la apertura hacia el otro y su vínculo, habría aquí una voluntad de donación. En un primer momento, en esa línea se puede situar el gesto de Julia al dejar a su hija al cuidado de los abuelos. El otro movimiento es el que, de alguna manera, descubre Julieta leyendo las cartas, y es designado por Roberto Esposito como *immunitas*: habría entonces algo que se sustrae a la condición común, a lo compartido. Es el lugar excluido en el que queda atrapado el personaje de Julia. Se evidencia lo paradójica de la inmunidad: el cierre hacia el otro, el gesto defensivo por el temor que infunde lo exterior, que aparece como amenazante, y lleva a diluir los vínculos. Si la inmunidad busca la protección y, por lo tanto, el cierre del cuerpo –individual, social o político– sobre sí mismo, una radicalización de

la inmunidad impediría la apertura y llevaría entonces al fin de aquello que busca proteger. Así se entiende una de las últimas frases que Julieta encuentra en la nota de su madre, y en donde Julia habla de su deseo de haber sido su madre y de la dificultad para ejercerlo.

El punto material que vincula estos dos movimientos se sitúa en la materialidad del cuerpo. También en el cuerpo situamos una aporía, que dificulta su representación: no puede ser reducido a una cosa, a la vez que puede considerarse como una persona. En las dos novelas, se representan cuerpos atravesados por discursos y por la violencia. Surgen así preguntas sobre la pertenencia de los cuerpos: por momentos, son instrumentos del poder y de objeto de la violencia; en otros, en ausencia, dan pie a una serie de relatos a través de los que se reconfiguran las historias y las identidades de los personajes, así como la historia colectiva.

Son varias las problemáticas en torno al cuerpo a las que aluden las novelas, pero podrían centrarse en el posicionamiento de los cuerpos de las mujeres en lo colectivo: el cuerpo escondido de Julia, un cuerpo que se sustrae por miedo a ser desaparecido; el cuerpo de Eva Mondino, que sobrevive al cautiverio y cobra así un halo fantasmagórico y de sospecha, como si se tratara del cuerpo de alguien que no tiene ya cuerpo, un desaparecido.

Cuerpo y violencia

En *Le partage du sensible*, Jacques Rancière vincula política y estética al considerar a la sensorialidad como un efecto de su propia distribución. Si la estética reparte lugares, tiempos y modos de accionar entre las diferentes partes que conforman lo común, entonces, la estética está vinculada tanto con lo policial, en tanto espacio desde el que se realiza el recorte, como con la política, que establece formas de producción y de visibilidad. En palabras de Federico Galende, puede afirmarse que “toda política es en sí misma estética por cuanto modifica y reconfigura la división de lo sensible” (107). Desde la manera misma en que se estructuran, desde los géneros en los que se apoyan –el archivo y las cartas–, las novelas de Andruetto dan cuenta del entrelazamiento entre lo estético y lo político, mostrando así que no hay un reparto de lo sensible que precede al relato, sino que en la configuración misma de los relatos, en la distribución que se le atribuye a las diferentes partes, surgen entonces los afectos y los miedos.

En ese reparto, el cuerpo se sitúa en un lugar liminar: por un lado, en tanto una de las partes que lo componen es un efecto de ese reparto; por el otro, al ser

sostén de los discursos, se ubica en una situación fronteriza, siendo límite de esa configuración de lo sensible. Al respecto, Mabel Moraña señala que

Rancière se refiere al sistema de diferenciaciones –es decir, desigualdades– que se imponen en el ámbito social y que condenan al individuo a una localización acotada que determina el lugar de los cuerpos, sus formas de actuación y el alcance de estas. La distribución de lo sensible es, entonces, una forma a priori que determina qué es lo que se presenta a la experiencia, qué se hace visible o permanece des-apercebido, qué lenguaje asimilamos como discurso o como ruido, con lo cual el individuo aparece pre-condicionado por la sociedad, es decir, contiene en sí la diferencia a partir de la cual el mundo se le manifiesta. Pero . . . tales compartimentaciones no son definitivas. (114)

En ese sentido, puede decirse, como lo señala Roberto Esposito, que el cuerpo oscila entre una esencia y un objeto; es decir, en el vínculo con el cuerpo, se oscila entre ser un cuerpo y tenerlo. Por momentos, en las novelas, el cuerpo aparece como determinando el destino de los personajes. *La mujer en cuestión* comienza con una descripción del cuerpo de Eva Mondino y el núcleo de los misterios de su vida gira en torno a lo ocurrido con su cuerpo en el campo de concentración, aquello referido a través de testimonios y sospechas. Sobre los episodios de su vida, si bien con su testimonio, Eva no zanja las dudas, se refiere a una experiencia encarnada en el cuerpo: “todo lo que pasó me ha quedado grabado, como las quemaduras” (93). En *Lengua madre*, así como el cuerpo de Julia se extrae de la escena durante años, escondida por temor a ser desaparecida, la lectura de las cartas realizada por Julieta también transcurre mientras el cuerpo de Julia ya no está presente. En las novelas, el cuerpo es objeto de rumores y de hipótesis –por ejemplo, Guerrero a partir de ciertos rasgos corporales escribe la carta astral de Julia–, es en el cuerpo que se sufre la violencia política. Esa violencia política ejercida sobre los cuerpos está en el origen de sus futuras sustracciones: desde el refugio buscado por Julia y su posterior distancia con respecto a la hija, así como al vínculo entre el cuerpo de Eva Mondino y el hijo que nace en cautiverio. Se representa así un cuerpo melancólico, que se inscribe desde su pérdida y sustracción. En su libreta, Julieta escribe: “El regreso es una búsqueda inútil de lo perdido” (192). Algo está perdido y ausente para siempre: el cuerpo de Eva Mondino, en el presente de la narración, es un cuerpo teatral, que interpreta un personaje; por su parte, Julieta, al leer las cartas, siente que se transforma y en esa transformación también su cuerpo ya no es el mismo. El personaje de Doris Lessing le dice a Julieta que “se escribe con el cuerpo y la cabeza” (237) y es la lectura de las cartas la que, en Julieta, da nacimiento tanto al cuerpo materno de Julia como a su transformación, ya que, desde el conocimiento de las cartas, Julieta se refiere al “testimonio secreto que lleva sobre sí” (242). Si la trama se

construye desde la invisibilidad corporal de Eva Mondino y de Julia, la transformación operada en Julieta por las cartas hace que su cuerpo cargue con un testimonio secreto, al que ella misma no tendría acceso o no sabría representar.

Mabel Moraña subraya el carácter sociohistórico del cuerpo, vinculando la materialidad del cuerpo con la noción de lugar. El cuerpo es un espacio apropiado, domesticado, algo propio, a la vez que abierto al mundo. El cuerpo no coincide con el dispositivo de la persona desarrollado por Roberto Esposito, pero tampoco es lícito reducirlo a la categoría de objeto. Ocupa más bien un lugar intermedio, indefinido, cumpliendo un rol importante en ese dispositivo. Sobre el vínculo entre las cosas, la persona y el cuerpo, Moraña señala: “La capacidad de poseer define a la persona que posee a la cosa (ya que lo inverso no es posible), pero la cosa define también, tácitamente, a quien la posee, revelando sus preferencias, valores, objetivos, etc.” (204). Esa indeterminación entre persona, cuerpo y objeto se observa en las novelas: en *La mujer en cuestión* nos preguntamos a quién pertenece el informe sobre Eva Mondino y si lo descrito en el informe tiene efectos en ella; en el caso de *Lengua madre*, el interrogante apunta a quién pertenecen las cartas, así como a los efectos materiales que produce su lectura. Los textos ficcionales revelan entonces el funcionamiento de los dispositivos, de ese enclave desde el que se despliega el poder político.

Si bien la violencia y la opresión tiene una duración limitada en el tiempo, por el contrario, su transmutación en poder y sus efectos se exceden en el tiempo. Al mostrar la manera en que el cuerpo puede ser objeto de la violencia, el texto ficcional representa sus efectos, siendo éstos, en parte, la domesticación a manos del poder. Cabe preguntarse de qué manera apropiarse de un cuerpo que ha sido objeto de la violencia política. Tanto Eva Mondino, quien ha sido desaparecida y torturada durante un determinado tiempo, como Julia, quien se encierra para evitar ser desaparecida, han perdido la capacidad para apropiarse de su cuerpo, y esa pérdida no sólo perdura en el tiempo, sino que les hace perder la experiencia materna. En el reparto de lo sensible, quedan excluidas de esa experiencia. Sus cuerpos ocupan el lugar de lo abyecto, siendo lo abyecto, como señala Moraña, ese tipo de objeto que se trata de ingerir o expulsar y del que resulta difícil determinar su pertenencia.

Conclusiones

La representación de los cuerpos abre la vía a un análisis biopolítico de la novela, en donde se observa la manera en que lo político, el cuerpo político, penetra,

violenta y recorta el cuerpo biológico. Esa violencia se prolonga incluso luego de la experiencia del campo de concentración o de la vida en cautiverio. En ambas novelas, en las que se abordan los efectos de la represión militar, se redefinen las formas de representación de los cuerpos ausentes, no sólo la figura del desaparecido resulta el elemento central cuando se aborda ese periodo histórico, sino también los efectos de poder propios de la violencia. Al desplegar los efectos que exceden el marco histórico de los crímenes de Estado, mostrando que la violencia y la amenaza de la violencia empiezan antes del golpe –el periplo de Julia comienza antes del golpe de Estado– y continúan incluso en democracia –Eva Mondino sigue siendo “una mujer en cuestión”–, lo ficcional redefine el marco de representación de la violencia política. Lo hace al centrarse en las redes de poder que siguen activas, así como al situar la trama en las configuraciones afectivas que se trastornan y alteran por consecuencia de esa irrupción de la violencia en lo cotidiano. Las novelas plantean, por un lado, que, frente al trauma así como al punto irrepresentable de la violencia, las metáforas y las ficciones cumplen una función restitutiva: al respecto, son centrales las reflexiones en torno a la obra de Doris Lessing realizadas por Julieta en *Lengua madre*. Por otro lado, al hacer uso del informe y las cartas como géneros a través de los que se despliega la trama, Andruetto redefine las fronteras entre lo objetivo y lo subjetivo.

En *La mujer en cuestión* se muestra la manera en que el archivo y el informe, elementos *a priori* objetivos, no sólo son insuficientes para representar la violencia, sino que también producen un cierto reparto de lo sensible. En esa distribución de lo sensible, son los documentos, en principio objetivos, los que producen las sospechas, el temor y las suspicacias, los que juzgan y sitúan a los sujetos en determinadas posiciones, creando un afuera de lo colectivo, del que éste debería protegerse –ese afuera se encarna en Eva Mondino.

En *Lengua madre*, por su parte, desde las subjetividades propias de las cartas, no sólo se representan los afectos y los vínculos entre los personajes, marcados por lo político y lo social, sino que también se observa de qué manera los relatos, forjadores y transformadores de la identidad, dan cuenta del entramado de lo sensible, de ese reparto en donde ciertos elementos se ven invisibilizados y reducidas sus palabras a ruido, mientras que otros elementos, más visibles, tendrían la posibilidad de articularse en un discurso.

Siendo la representación de lo ausente, de lo desaparecido, de lo que falta, aquello más característico en los textos que abordan la última dictadura argentina, los textos de Andruetto tienen la singularidad no sólo de denunciar los efectos perversos de la violencia política, sino de situarse en la frontera entre lo íntimo y lo político, en una temporalidad cuyo pasado no está clausurado sino

resignificándose en función de lo relatado. En esa configuración, la evocación del cuerpo ausente cobra vital importancia: “El cuerpo invocado adquiere en estos casos un valor de presencia simbólica que llama la atención sobre esa falta, insertando la imagen corporal fantasmática en los escenarios colectivos . . . La representación de los cuerpos funciona en estos casos como la mediación o interfaz entre la esfera pública y la esfera privada” (Moraña 227). En ese límite entre lo público y lo privado en el que se sitúa el cuerpo, se observan los vínculos entre el cuerpo y los objetos, conformando así el dispositivo de la persona. Ese dispositivo se observa en los personajes de Eva Mondino en *La mujer en cuestión* y en los tres personajes femeninos de *Lengua madre*.

Obras citadas

- Agamben, Giorgio. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Editorial Pre-Textos, 2002.
- Andruetto, María Teresa. *La mujer en cuestión*. Random House Mondadori, 2010.
- . *Lengua madre*. Babel Libros, 2013.
- Arán, Pampa. “La mujer en cuestión: género de historia / género de vida / género femenino”. En María Teresa Andruetto, *La mujer en cuestión*. Random House Mondadori, 2010.
- Cavalletti, Andrea. *Mitología de la seguridad*. Adriana Hidalgo Editora, 2010.
- Derrida, Jacques. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Trotta, 1997.
- Esposito, Roberto. *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal*. Amorrortu Editores, 2009.
- . *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Herder, 2009.
- Galende, Federico. *Rancière. El presupuesto de la igualdad en la política y en la estética*. Eterna Cadencia Editora, 2019.
- Moraña, Mabel. *Pensar el cuerpo. Historia, materialidad y símbolo*. Herder, 2021. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1prssf>
- Moreno, María. *Oración. Carta a Vicki y otras elegías políticas*. Random House, 2018.
- Rancière, Jacques. *Le partage du sensible. Esthétique et politique*. Le Frabrique Éditions, 2000.